

C. A. PRESS

JENNI RIVERA

LA INCREÍBLE VIDA DE UNA MARIPOSA GUERRERA

Novelista, pianista y periodista, Leila Cobo es la Directora Ejecutiva de Contenido Latino y Programación de la revista *Billboard*, considerada la “Biblia” de la música a nivel mundial. Bajo su mando, *Billboard* ha ampliado la cobertura de la música latina a niveles sin precedentes, convirtiéndose en el único medio en inglés que cubre la música latina diariamente. Leila también programa y ha consolidado la Conferencia Billboard de la Música Latina, considerada la más prestigiosa de la industria de la música latina en los Estados Unidos.

Oriunda de Cali, Colombia, Leila obtuvo la prestigiosa beca Fulbright para realizar estudios de postgrado en Comunicación en USC (University of Southern California) después de graduarse de pianista concertista del Manhattan School of Music en Nueva York. Fue crítica de música pop del *Miami Herald* y escribió sobre cultura para el *Los Angeles Times*. Leila ha escrito las notas de álbumes para artistas tan importantes como Shakira, Ricky Martin, Julio Iglesias y Chayanne y, como experta en música, ha sido invitada a juzgar múltiples concursos, incluyendo el Festival de la Canción de Viña del Mar, en Chile, y Objetivo Fama Internacional, en México.

Actualmente, aparte de su cargo en *Billboard*, es la conductora y productora ejecutiva del programa televisivo *Estudio Billboard*, donde ha entrevistado a los más grandes artistas de la música latina, incluyendo a Maná, Juan Luis Guerra, Jenni Rivera y Gloria Estefan, entre otros.

Leila es una de las autoras de la *Enciclopedia Ilustrada de*

Música de Billboard y una de las invitadas al libro de ensayos *Quinceañera*, publicado por HarperCollins. Como autora de ficción, publicó su primera novela, *Tell Me Something True*, en octubre de 2009 y en 2012 publicó su segunda novela, *The Second Time We Met*.

En 2008, la revista *Ocean Drive* en español la nombró uno de los personajes más poderosos de Miami. También ganó el Premio Orquídea, que honra a los colombianos en el exterior, por su trabajo periodístico. Leila es considerada una de las líderes de opinión de la música latina y es un referente constante para la prensa especializada. Actualmente vive en Miami, Florida. Para mayor información, por favor visita su página:

www.leilacobo.com

JENNI
RIVERA

LA INCREÍBLE VIDA DE UNA
MARIPOSA GUERRERA

Leila Cobo



PRESS

C. A. PRESS

Penguin Group (USA)

C. A. PRESS

Published by the Penguin Group
Penguin Group (USA) Inc., 375 Hudson Street,
New York, New York 10014, USA



USA | Canada | UK | Ireland | Australia | New Zealand | India | South Africa | China
Penguin Books Ltd, Registered Offices: 80 Strand, London WC2R 0RL, England
For more information about the Penguin Group visit penguin.com

First published by C. A. Press, a member of Penguin Group (USA) Inc., 2013

Copyright © Leila Cobo, 2013

All rights reserved. No part of this product may be reproduced, scanned, or distributed in any printed or electronic form without permission. Please do not participate in or encourage piracy of copyrighted materials in violation of the author's rights. Purchase only authorized editions.

ISBN 978-0-14-751030-3

Printed in the United States of America

10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

ALWAYS LEARNING

PEARSON

*A la memoria de Jenni Rivera y a todas las
“Mariposas Guerreras” que salen adelante
cueste lo que cueste.*

Contenido

<i>Introducción: Que me entierren con la banda</i>	<i>xi</i>
1. La Dinastía Rivera	1
2. Déjame vivir	7
3. La raíz del éxito	25
4. De oruga a mariposa	39
5. La madre y primera dama del corrido	45
6. Solo sé de amor	53
7. La prueba más dura	59
8. Nace la Mariposa Guerrera	67
9. Rumbo al estrellato	75
10. Los lazos familiares	85
11. De amores y otros demonios	93
12. Transformándose en la Jefa de Jefas	103
13. Cantándole a la vida... y a la muerte	113

CONTENIDO

14. Mi vida loca	121
15. La dama divina y amparadora	129
16. Sueños cumplidos	137
17. Nuevas esperanzas	149
18. Una carrera multimedia	157
19. Jenni llega a la gran pantalla	169
20. La cima de los escenarios	175
21. La diva de la moda	183
22. Billboard, <i>La Voz</i> y otras glorias de 2012	193
23. El legado de Jenni Rivera	209
<i>Agradecimientos</i>	217
<i>Apéndice: La discografía de Jenni Rivera</i>	219

INTRODUCCIÓN

Que me entierren con la banda

*El día en que yo me muera
que me entierren con la banda*

—De la canción
“Que me entierren con la banda”
de Antonio Aguilar,
interpretada por Jenni y Lupillo Rivera

El día de su muerte, Dolores Janney Rivera Saavedra despertó ilusionada. La noche anterior se había presentado ante un lleno total en un palenque en Colima y esta noche estaría en la Arena Monterrey.

Para Rivera era un acontecimiento importante. La Arena Monterrey es uno de los recintos más grandes y prestigiosos de México, donde caben 16.000 personas. Jenni había tocado ahí una vez anteriormente, y se habían agotado las entradas. En esta ocasión, se había decidido colocar el escenario en el centro de la arena —un escenario de 360 grados, como una rueda de toros— para acomodar más gente y tener un ambiente más íntimo. Los boletos se habían vendido en menos de quince días, todo un acontecimiento, y la cantante sentía que su responsabilidad ante el público de Monterrey era grandísima, especialmente ahora que era jurado en *La Voz... México* y era vista por televisión por millones de personas cada semana.

Había planeado los conciertos con esmero. De Colima también llegarían su banda y el mariachi que la acompañaba en el escenario cuando cantaba su música ranchera. Llevaba consigo sus cambios de ropa, cuidadosamente seleccionados, que abarcaban desde un suntuoso vestido de gala rosado con aplicaciones diagonales de flores, hasta los jeans y la chaqueta ajustadísimos

INTRODUCCIÓN

que apretaban cada pulgada de su figura. Cada cambio correspondía meticulosamente a la música, que a su vez correspondía a las muchas facetas de Rivera: la parrandera, la elegante, la gran diva, la amiga.

Aquel sábado en la tarde, cuando llegó a Monterrey, Rivera era todas esas cosas. La acompañaba su equipo de confianza, que incluía a Arturo Rivera, su publicista de muchísimos años y uno de los agentes de relaciones públicas más queridos de México. Jenni confiaba plenamente en su criterio y lo consideraba la mano derecha que la ayudaba a torear a los medios cuando era necesario. También iba su maquillista, Yacob Yenale, un mexicano radicado en Los Ángeles que trabajaba con todos los “grandes”, desde Christina Aguilera hasta Rihanna, pero que era gran compinche de Rivera y hacía lugar en su agenda para viajar por todo México a su lado. Jorge González era su estilista, el encargado de las extensiones larguísimas y perfectas que ya se habían convertido en la marca de Rivera. De su equipo ejecutivo, Rivera viajaba en esta ocasión con Mario Macías, su abogado.

Cuando aterrizaron, el ambiente era festivo. Las cosas no podían andar mejor para Rivera. Colima había sido un éxito y Monterrey debería ser aún mejor. Y al otro día —el domingo— estaría en el set de *La Voz*, para la semifinal del concurso de talento que buscaba la siguiente gran voz mexicana. Rivera estaba tan relajada que incluso había hecho planes de parranda para después del concierto. Esa noche también tocaría el grupo M-40 en Monterrey, y le había pedido al promotor que le reservaran una mesa VIP para ir a verlos al club donde se estarían presentando. A Jenni le gustaba apoyar grupos nuevos —a través de los años había apoyado fuertemente a artistas como Akwid, Larry

Hernández, Espinoza Paz, 3BallMTY— y M-40 ya estaba dando de qué hablar.

El promotor reservó no una sino cuatro mesas para Jenni y su grupo y le tenía listo un disfraz para que nadie la reconociera. También le había reservado cuatro habitaciones de hotel, pero nunca llegaron a usarlas. Al aterrizar, Jenni y su grupo fueron directo a la arena para hacer la prueba de sonido, que se retrasó porque la banda y los mariachis aún no habían llegado de Colima. Jenni siempre viajaba con su propia banda: La Banda Divina de Jenni Rivera. El grupo residía en Mazatlán y se movilizaba con ella por México y Estados Unidos, junto con sus técnicos de audio, iluminación, video y pirotécnica, y con su director de producción, Rudy Echauri. Aunque en un comienzo Jenni contratava a los mariachis localmente, por cuestión de costos, en el último año su fama había crecido tanto que ya viajaba con el mismo mariachi a la mayoría de las plazas de México.

La prueba no terminaría sino hasta casi las ocho de la noche. Pero Jenni quedó tan contenta con el sonido y el lugar que le dijo al promotor que le gustaría regresar a tocar en febrero. Incluso, acordaron una fecha tentativa: el 16 de febrero.

Esa noche, Rivera llegó a la Arena lista para dar la presentación de su vida. Siempre era así, pero en esta ocasión había electricidad en el aire.

Tomó el escenario toda de negro, vistiendo un ajustadísimo vestido y una corta chaqueta de cuero. Llevaba altos tacones y un largo collar. Su cabello, peinado por González, caía en una larga melena dorada casi hasta la cintura.

“Las mujeres, ¡cuando tomamos tequila nos aflojamos!” ex-

INTRODUCCIÓN

clamó levantando una copa a la muchedumbre. “¡Por el afloje!” le gritó a la arena repleta.

Al final de la noche, cuando ya había lucido sus trajes de gala, cuando ya le habían rodado lágrimas por las mejillas al cantar sus rancheras más sentidas, recibió una sorpresa: los ejecutivos de su disquera, Fonovisa, tomaron el escenario para entregarle Discos de Oro y Platino por las ventas de sus dos más recientes álbumes. Era la gota que rebosó la taza en una noche en que las cosas no podían haber salido mejor.

“Ay, m’ija, estoy feliz, tan feliz”, dijo después de la presentación durante su conferencia de prensa. “Soy muy feliz [...] Las veces que me han empujado son las veces que me he levantado. Dios es bueno y nunca me suelta la mano. Y tengo mis seguidores, que me mantienen arriba, y que viven conmigo y que quieren verme bien”.

Una vez terminada la conferencia de prensa, Jenni y su grupo habían de ir a su hotel o ir al show de la banda M-40. Pero en algún momento cambiaron los planes. Ya no pasarían la noche ni en el hotel ni de fiesta sino que Jenni regresaría al D.F. esa misma noche; debía estar en los estudios de Televisa a las once de la mañana para empezar *La Voz* y seguramente no quería arriesgarse a llegar tarde. Decidió, pues, que viajaría al acabar el concierto, para poder amanecer en el D.F. y seguir trabajando. El plan fue hecho tan a última hora que cuando Macías, su abogado, llamó a Rudy Echauri, el director de producción, a decirle que ya se iban y que podía irse con ellos en el avión privado, Echauri no recibió el recado a tiempo. Estaba en su hotel, dándose una ducha. Para cuando revisó sus mensajes era demasiado tarde; el grupo ya se había ido, y él prosiguió con su

plan original, regresando en el vuelo comercial de la aerolínea Volaris.

Pasado el concierto y la conferencia de prensa, Rivera y sus acompañantes se montaron en el auto que los llevaría al aeropuerto, sin Echauri y sin Alejandra Guzmán, a quien Jenni también había invitado a volar con ella, pero quien había decidido irse en un vuelo comercial, como tenía planeado, porque viajaba con su novio.

Desde el asiento trasero del auto que los llevaba al aeropuerto, Yenale, el maquillista, tomó una foto del grupo con su teléfono celular y la subió al Internet. Todos sonreían y el júbilo en sus rostros era palpable.

“De camino de regreso al D.F... Jenni Rivera, Arturo, Gigi y yo. Los Amooo!” escribió junto a la foto.

En el trayecto al aeropuerto, Jenni aprovechó para contestar mensajes y tweets. Uno venía de Javier Estrella, un amigo y reportero de Televisa quien se había preocupado al verla llorar durante el concierto.

“Jenni, dime por favor que estás bien?” le escribió a las 12:27 a.m.

“La verdad tengo paz!” le respondió ella a las 3:09 a.m. “Soy muy feliz... Estoy tranquila... te lo prometo. Ciertas canciones me hacen llorar. Es todo”.

“Dios está conmigo. Confío en él”, agregó un minuto más tarde.

“Mi respeto y admiración para ti”, contestó Estrella a las 3:11 a.m. “Que tengas buena noche y excelente regreso al DF!”.

Exactamente cuatro minutos más tarde, el Learjet con placas N3445MC emprendió su rumbo al D.F. y Rivera habría apaga-

INTRODUCCIÓN

do su celular. El avión había sido construido en 1969 —tenía cuarenta y tres años— pero Jenni no habría sabido esto. Tampoco habría sabido que su piloto, Manuel Pérez Soto, tenía setenta y ocho años de edad, y que su copiloto, Alejandro Torres, tenía tan solo veinte.

El avión ascendió en la oscura noche sobre un Monterrey que ya callaba tras la fiesta con Rivera. Era una noche clara y sin lluvia, y a cinco minutos de vuelo y 28.000 pies (8.534 metros) de altura, las luces de la ciudad se empezarían a perder a la distancia.

Quizás Rivera ya había cerrado sus ojos, cansada después de un largo día de trabajo. Quizás hablaba con sus amigos, pues el vuelo era corto —en solo una hora estarían en Toluca. De cualquier forma, alrededor de las 3:19 a.m. algo falló en las entrañas del avión, y el Learjet, que tan elegantemente cobraba vuelo, titubeó en el aire. Su rumbo se habría partido, como un pájaro que se estrella contra un muro invisible. El avión se tambaleó, indeciso, y sin ningún aviso se vino abajo, alcanzando una velocidad de 1.000 kilómetros por hora.

Todo sucedió tan rápido que es poco probable que Jenni o sus acompañantes se hayan percatado de que algo andaba terriblemente mal. El Learjet se estrelló sin piedad contra la tierra mexicana y a las 3:20 a.m., la torre de control reportó que había perdido contacto con la aeronave.

Para entonces, Jenni Rivera, de cuarenta y tres años de edad, yacía muerta en un remoto rancho en las afueras de Monterrey, lejos del escenario que la había ovacionado solo unas horas antes.

JENNI
RIVERA

CAPÍTULO

1

La Dinastía Rivera

La Dinastía Rivera. Los Rivera. La Familia Rivera. Así les decían, les dicen todavía. “La Familia”, “El Clan”, así en mayúsculas, como si fueran una gran tribu o una familia de sangre real o de gran abolengo. Cuando se los veía juntos, el mito crecía: Don Pedro Rivera, el patriarca cuya mano y visión había moldeado el destino de sus hijos; Lupillo, con sus vestimentas caras, inmediatamente reconocible por su cabeza rapada y su bigote; Pedro Jr., el carismático predicador; Rosie, la menor, una belleza con cara de Madonna rubia y blanquita; Juan y Gustavo, también cantantes; y Jenni, curvilínea y exuberante, de boca gruesa y gran sonrisa. Se hablaba de la madre —doña Rosa— pero ella aparecía poco, como en las tradiciones de las familias italianas; figuras poderosas pero silenciosas. Se entendía que tenía que ser una mujer de hierro para haber criado una camada de hijos con tanta personalidad, aunque rara vez hacía declaraciones públicas.

Cada cual llevaba su vida aparte e independiente, pero de tanto en tanto “Los Rivera” aparecían juntos, y eran formidables. Ellos con sus sombreros mexicanos, sus botas y su actitud de machos; y ella, Jenni, un antídoto de pura femineidad, curvilínea, maquillada, su pelo largo y siempre bien arreglado, vestida con ajustados, pero sobrios, trajes de colores brillantes —morados, rojos y azules— o del negro que tan bien le quedaba. Era impresionante verlos interactuar, pues cada cual tenía su personalidad

y su espacio, y los otros lo respetaban. Cuando los Rivera estaban juntos, no había uno que dominara la conversación o uno que interrumpiera o uno que estuviera en desacuerdo. El uno le tomaba la palabra al otro, como corredores de relevo. Si alguien sobresalía, era Don Pedro, por sentimental. Era común verlo derramar lágrimas en las entrevistas.

La Familia Rivera era unida, leal. Seguramente había peleas internas, seguramente los malentendidos volaban con tanta personalidad recia junta. Pero de puertas para afuera, eran una cadena en la que cada eslabón sostenía al otro. Si la prensa criticaba a uno —y sucedía muy a menudo— los otros, como fieras, caían encima a defender. Cada uno podía jalar por su lado, cuidar su propio negocio, pero ay de que alguien se metiera con su hermano, su hermana, su padre, su sangre.

Jenni misma lo dijo en la conferencia de prensa la noche de su muerte, cuando le preguntaron si tenía diferencias con Lupillo, su hermano más famoso.

“Como hermanos no estamos totalmente de acuerdo en todas las cosas y sí somos muy broncos los dos, más que todos los demás”, contestó con su característica honestidad. “Pero cada vez que ha existido un problema fuerte en mi vida mi hermano olvida cualquier cosa, cualquier discusión, cualquier sentimiento y me habla y me dice ‘hermana estoy contigo’”.

Los Rivera. El día del entierro de Jenni, allá en el Anfiteatro Gibson en Los Ángeles, vestidos todos de blanco y rojo, parecían reyes, princesas y príncipes, tan elegantes, tan dignos y, sobretudo, tan elocuentes. Desde el mayor, Don Pedro, hasta el más pequeño, Johnny, hablaban con la facilidad innata y el vocabulario expresivo de aquellos que son o supremamente bien educados o

han crecido rodeados de oratoria. Pero los Rivera no tenían ni realeza ni abolengo. A diferencia de otras familias de alcurnia musical —como los Aguilar o incluso los Fernández— su historia artística apenas empezaba, pues las grandes estrellas no eran el padre sino los hijos —Lupillo y Jenni. En cuanto a dinero, educación o cualquier esbozo de linaje, la familia en sus comienzos no tenía absolutamente nada de eso.

Como Jenni misma dijo una y otra vez a lo largo de los años: “A mí no me abrieron ninguna puerta. Yo las abrí todas sola”.

Y qué puertas había abierto. En el momento de su muerte, Jenni Rivera era una de las artistas más vendidas de su casa disquera, la multinacional Fonovisa, y era la artista femenina más vendida en el ámbito de la música regional mexicana, punto. Entre las mujeres —de cualquier género— también era la que más giras hacía y era la única artista latina que simultáneamente tenía su propio programa de radio semanal (*Contacto directo con Jenni Rivera*, por Entravisión), su propio programa de telerrealidad (*I Love Jenni*, por mun2), su propia línea de maquillaje y ropa y su propia fundación (la Jenni Rivera Love Foundation). Para rematar, a escasas semanas de su muerte, Rivera había firmado un contrato con ABC, una de las principales cadenas televisivas de Estados Unidos, para producir y estelarizar su propia serie de televisión semanal en *inglés*. Era un logro sin precedentes para un artista musical latino. Jenni Rivera estaba al borde del estrellato masivo, y lo sabía.

“El 2013 iba a ser un año increíble”, dijo a Billboard Pete Salgado, quien fuera mánager de Rivera desde 2004. “Nuestro contrato con ABC iba a ser el primero; iba a ser la primera latina en tener su propia serie. Y lo íbamos a hacer a su manera, con

ella como productora. Era ella. Iba a haber muchos ‘primeros’. [...] En nuestra compañía de producción, todos estábamos concentrados, agresivos, estábamos en la jugada. Ella estaba lista. Y 2013 iba a ser su año para ser mamá. Siempre decía que había pasado tantos años siendo quien sustentaba a sus hijos — como un papá— que ya era hora de ser una mamá. Mamá en el buen sentido de la palabra: cocinando desayuno para sus hijos, llevándolos a la escuela, reuniéndose con sus maestros. Por eso digo que no hay tiempo para tristezas. Tenemos que terminar lo que empezamos. Asegurarnos que su legado viva. Este tipo de artistas llega una vez por generación. Jenni es única. Va a pasar mucho tiempo antes de que aparezca alguien que se le acerque”.

La intención de mantener vivo el legado de Jenni fue palpable en su servicio fúnebre, donde muchos de los miembros de su familia hablaron de ella en presente, como si aún estuviera físicamente con ellos. Ninguno fue más conmovedor que su hijo Johnny López, de once años de edad, el último en hablar, después de toda la familia: “Esto es lo más difícil que he hecho en toda mi vida”, dijo con un leve suspiro, ya demostrando la elocuencia que caracteriza a todo el clan Rivera. “Yo viví sólo once cortos años con mi madre, pero en esos cortos once años, ella trató de ser el mejor ejemplo que pudo”, dijo Johnny, un muchachito adorable de mejillas regordetas. “Yo nunca he visto a una mamá trabajar tan duro para lograr las cosas, para ir al mercado para sus hijos, para darles de comer”, agregó, secando de tanto en tanto las lágrimas que corrían por sus mejillas sin cesar en una lluvia constante. “Es un verdadero honor decir que Jenni Rivera, la persona de la cual todos están hablando hoy, es mi mamá. Y todavía vive en mí”.